La Conjura de Córdoba

La Conjura de Córdoba

Juan Kresdez

nowtilus

Colección: Novela Histórica
www.novelanowtilus.com

Título: La conjura de Córdoba
Autor: © Juan Kresdez

Copyright de la presente edición © 2007 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Rodil&Herraiz
Diseño y realización de interiores: Sara Cordón

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-609-4

Índice

El Palacio de Mármol, Dar al-Rujam 11

El zoco 25

Muere al-Hakam II 39

Mohamiya 57

Abu-l-Asbag 71

Los grandes oficiales eunucos 87

Jueces y ulemas 99

Al-Mushafi 111

Abi Amir 125

Al-Malik 141

Los beréberes 157

Camino de al-Rushafa 171

Subh 181

Al-Mugira 193

El indulto 205

El pabellón al-Rasiq 215

La ejecución 227

Epílogo 237

Plano esquemático de Córdoba del siglo X 243

Glosario 245

A Jesús Mariano Valle

El Palacio de Mármol, Dar al-Rujam

El médico entró en el dormitorio del Califa como cada mañana en los últimos meses. La enfermedad de al-Hakam II le tenía desorientado. Los síntomas eran inequívocos de apoplejía, una repetición de la enfermedad sufrida el año anterior, sin embargo, manifestaciones que no acertaba a identificar le hacían dudar del diagnóstico.

El Califa recostado sobre almohadones somnoliento, extraviado, comía cuando le daban, bebía cuando le acercaban un vaso y parecía no reconocer a nadie. Se hacía las necesidades encima y solamente el olor nauseabundo avisaba a los esclavos de la obligación de limpiarle y cambiarle de ropa. Ni mejoraba ni moría.

Esa mañana al-Adadi, después de suministrar al enfermo el preparado habitual, preguntó a los hombres que cuidaban del Califa desde los primeros momentos de la aparición de la enfermedad, Faiq al-Nizami, el gran jefe de la Casa de Correos, *Sahib al-Burud*, y a Yawdar, halconero real y jefe de la guardia personal del Califa, los "mudos", si habían observado alguna reacción, aunque

para ellos no revistiera importancia. Algún detalle aislado, cualquier señal que pudiera ayudarle en el esfuerzo para mejorar el estado del Califa. Ambos contestaron que no habían apreciado nada nuevo. Seguía igual. Ni el menor parpadeo cuando le hablaban. Desde el amanecer hasta la puesta del sol se encontraba en aquel estado, y por la noche creían que dormía con tranquilidad. Cerraba los párpados y mantenía la respiración pausada.

—Cuanto observo tiene las características de la apoplejía, pero este insólito estado de coma me desconcierta.

Los dos eunucos se miraron y se encogieron de hombros con un gesto que venía a decir: "Qué sabemos nosotros, el médico eres tú".

Al-Adadi abandonó el dormitorio pensativo, arrepentido del comentario y con la incertidumbre de la ignorancia royéndole por dentro. Faiq al-Nizami mandó a los esclavos retirarse. Después se apoyó en el brazo de Yawdar y ambos se alejaron del lecho del enfermo.

—¿Crees que al-Adadi sospecha algo? —dijo Faiq al-Nizami con un susurro.

—Imposible —contestó Yawdar.

—¿Cuánto tiempo aguantará al-Hakam II en esas condiciones?

—Deberías habérselo preguntado al médico. Sé tanto como tú —contestó Yawdar.

Hablaban en voz muy baja, como si el Califa pudiera oírles desde la cama.

—¿Sigues administrándole el brebaje prescrito?

—Cada dos horas, como desde el principio. Lo interrumpiré cuando digas —Yawdar estaba cansado de actuar de enfermero, encerrado en el Palacio de Mármol desde la recaída de al-Hakam II.

—Aguanta un poco más. Los correos enviados a Medina Selim, Zaragoza, Málaga, Almería y Sevilla no han

regresado. Necesitamos la confirmación de las posiciones de esos gobernadores antes de aventurarnos a tomar una decisión irreversible.

El rostro de Faiq al-Nizami, gordezuelo y sonrosado, no demostraba emoción alguna.

—Temo que se nos vaya de las manos. Intuyo que puede morir en cualquier instante. Se debilita de un día para otro.

—Confiemos en su fortaleza. Otro, en su lugar, hubiera abandonado este mundo mucho antes.

Faiq al-Nizami, acostumbrado a cierta fatalidad, mantenía el ánimo reposado. El tiempo le había favorecido a lo largo de la vida como fiel aliado y estaba seguro de seguir disfrutando de esa prerrogativa.

—¿Qué haremos si expira sin que hayamos recibido comunicación de las provincias?

—Seguiremos con el proyecto. Proclamaremos califa a al-Mugira. Lo acatarán como un mal menor. Recuerda los comentarios desaprobatorios cuando al-Hakam II exigió la jura de Hisham como sucesor. Ninguno de los gobernadores aceptará de buen grado a un menor de edad como Príncipe de los Creyentes. Lo mismo piensan los altos funcionarios de la corte y los generales del ejército. He escuchado infinidad de opiniones semejantes a las nuestras. Jurar a Hisham como califa supondrá la regencia de al-Mushafi, inevitable a todas luces. El Hachib se ha granjeado el odio de la mayoría con su despotismo. Otra posibilidad sería que el gobierno cayese en manos de la Princesa Madre y su amante a la sombra del niño. Cualquiera de ellos cuenta con el desacuerdo y la reprobación de un alto porcentaje de los cordobeses.

Faiq al-Nizami llevaba meses entregado a la misteriosa labor de sondear a unos y otros. Desde su puesto de jefe de la Casa de Correos, responsable absoluto del

espionaje en el califato, tanto exterior como interior, conocía las debilidades y opiniones de todos y cada uno de los hombres con cierto relieve dentro de la administración, el ejército y la sociedad aristocrática cordobesa. Apostaba por el designio que habían madurado, protegidos por la confianza y bondad del Califa.

—Puede surgir la sospecha de envenenamiento.

—También he captado la observación irreflexiva de al-Adadi. Hoy mismo abandonará Córdoba, si quiere conservar la vida. Después del absurdo comentario he visto el miedo en sus ojos y he olido el pánico en su transpiración. Solo falta empujarle, ofrecerle una salida.

Faiq al-Nizami, con la dulzura y la paciencia de un padre, satisfacía cualquier preocupación de Yawdar, quien con admirable sacrificio permanecía enclaustrado dentro de los muros del palacio cuidando al Califa sin otro contacto humano con el exterior que los sirvientes esclavos y los capitanes de la guardia personal del Califa, "los mudos", a quienes impartía órdenes cada mañana. Amparados en una prescripción de los médicos de la corte, los dos altos funcionarios eunucos y hombres de confianza de al-Hakam II habían creado un cerco inexpugnable en torno a la persona de su Señor. Nadie tenía acceso al palacio. El Gran Visir, el hachib al-Mushafi, se había declarado impotente y se resignaba con acercarse cada mañana y cada tarde a la puerta a preguntar a uno de los eunucos, quien quisiera recibirle en ese momento, por la salud de al-Hakam II. La Princesa Madre, *al-Sayyida al-Kubra*, Subh, tampoco había podido traspasar la muralla de guardias y esclavos, ni siquiera acompañada de su hijo, el Príncipe heredero.

—Lo acertado sería quitarle de en medio —refunfuñó Yawdar.

Un esclavo llamó a la puerta con delicados golpes y le invitaron a pasar.

—El Hachib se acerca por el jardín —susurró.

Faiq al-Nizami asintió y el esclavo se retiró con el mismo sigilo con que se movían todos por palacio.

Yawdar había ordenado que le avisasen con anticipación de la llegada del Gran Visir para esperarle a la puerta y de este modo paliar en lo posible la gran ofensa que le hacían.

—Hablaré con él y me acercaré a la Casa de Correos. Quizá la suerte nos haya favorecido y encuentre alguno de los mensajes que tan impacientes esperamos.

El Alcázar de Córdoba, un vasto recinto amurallado de mil cien codos, situado en el ángulo sudoeste de la ciudad, había sido la residencia de los emires cordobeses y del califa Abd al-Rahman III hasta la construcción de la ciudad palaciega de Medina al-Zahra. Ahora volvía a ocupar su antiguo destino gracias a la intervención de los médicos de la corte. Al agravarse la enfermedad de al-Hakam II, habían aconsejado el traslado del enfermo desde Medina al-Zahra a Córdoba por encontrar el clima de la ciudad del Guadalquivir más saludable que el de la áulica residencia. En su interior se agrupaban, entre patios, fuentes y jardines, los palacios construidos por cada uno de los emires, los pabellones de la administración, los fastuosos talleres del Tiraz, de donde salían las afamadas confecciones de seda y oro; las viviendas de los servidores, secretarios, amanuenses, contables, funcionarios y oficiales palatinos, eunucos y esclavos del gineceo; los cuarteles de la guardia personal del Califa, las caballerizas, los almacenes para piensos y forrajes, los pabellones destinados a armería, el harén real y el hermoso jardín del cementerio, *al-rawda*, panteón califal. En el subsuelo, los lúgubres sótanos, las terribles mazmorras, cárceles donde delincuentes comunes, asesinos, bandidos sin fe y sin escrúpulos, herejes, espías y disidentes se pudrían de por vida entre privaciones y torturas.

Al-Mushafi había dejado atrás el jardín al-Hayr, plantado de frutales y perfumado por los membrillos en sazón y atravesaba el patio de la Casa de Mármol, cuando apareció Faiq al-Nizami en lo alto de la escalera.

"Este maldito emasculado, tan gordo como engreído, me recibe desde el mismo lugar donde el Califa disfrutaba con las cabriolas de los jinetes beréberes los días de paga", se dijo el Hachib con los dientes apretados, los puños cerrados e intentando esbozar una sonrisa para ocultar el odio y la repugnancia que le producía la presencia del *Sahib al-Burud*. Se saludaron con amabilidad en los labios y las palabras correctas bajo las cuales se ocultaba un rencor irreconciliable.

—Estimado Hachib, resulta admirable tu amor por el Califa. Cada mañana y cada atardecer, puntual y preciso, te interesas el primero por la salud de nuestro Señor. El médico acaba de realizar el reconocimiento rutinario y se ha marchado. ¿No os habéis cruzado en los jardines?

Al-Mushafi negó con un gesto y siguió con los ojos fijos en los de su interlocutor.

—Dios habrá optado por encaminar sus pasos en otra dirección. Los informes que nos ha transmitido son muy esperanzadores. Ha comprobado las constantes vitales, las pupilas de los ojos, los humores y ha presenciado el desayuno de nuestro Señor. Ha observado por sí mismo el buen apetito y las ganas de mejorar del enfermo. Satisfecho, ha emitido un diagnóstico que nos ha llenado de alegría y ha terminado con esta frase: "Si la mejoría continúa sin interrupción, dentro de unos días podrá recibir alguna visita. Corta, para no cansarle".

—¡Alabado sea el Todopoderoso en su misericordia!

Al-Mushafi no tenía otro comentario ni ganas de continuar la conversación. Se despidió y se encaminó a su despacho en el gran pabellón de la Puerta al-Sudda. En

ausencia del Califa, todas las responsabilidades de gobierno habían caído sobre sus hombros y el tiempo se le hacía corto para abarcar e intentar solucionar tantos problemas. Hasta el mismo Faiq al-Nizami tendría que comparecer en el salón de audiencias y rendir informes detallados sobre el trabajo en la Casa de Correos y en los talleres del Tiraz.

El rostro de Faiq al-Nizami se iluminó con una sarcástica sonrisa al contemplar la espalda del Hachib mientras cruzaba el patio. "El hombre más poderoso de Córdoba, a quien nadie osa sostener la mirada, ante mí, en este palacio, adopta la actitud de un cordero".

Entró de nuevo en palacio y salió por los jardines posteriores, se encaminó a la Puerta de Coria, en el lienzo septentrional del Alcázar, y llegó a la Casa de Correos. Un edificio de grandes dimensiones construido dos años atrás sobre los restos de un incendio que destruyó la primitiva construcción. Sentado en un diván de grandes cojines, recibió al Oficial Mayor y le preguntó por los ansiados correos.

—No han regresado. De Almería he sabido que nuestro agente no ha podido entrevistarse con el almirante al-Rumahis por encontrarse embarcado en una inspección del litoral. Galib no se encuentra en Medina Selim. Me han confirmado su estancia en Gormaz supervisando las obras de la alcazaba. Al-Tuchibi había salido para Lérida cuando se presentó nuestro hombre y le espera en Zaragoza. De Málaga no tengo noticias y de Sevilla tampoco.

Faiq al-Nizami le escuchó sin alterar un solo músculo de su rostro a pesar de la contrariedad que le causaba aquella escueta información. Despidió al oficial, otro eslavo* emasculado. Estimó como un mal presagio las

* Eslavos se les llamaba a las personas procedentes del norte de Europa. Todos llegaban como esclavos de niños. Unas veces, podían ser eunucos, otras, libertos y enteros.

casualidades. Rememoró los encuentros que había tenido con los gobernadores en busca de un detalle que se le hubiera escapado. Quizá algún gesto que le señalase si habían fingido cuando expresaron su preocupación y descontento ante la posibilidad de proclamar califa a un niño de once años, pero no encontró nada revelador. Con Rumahis no había hablado personalmente. El alejamiento de la corte del Almirante, preocupado en exceso por mantener en orden las costas y proteger de bandidos la flota mercante, y su poco tiempo para viajar fuera de Córdoba habían imposibilitado la entrevista. Sin embargo, la correspondencia personal continuaba inalterable y en aquellas cartas Rumahis se había desahogado. Manifestaba sin ambages su repulsa a entregar el gobierno a un menor de edad, lo que obligaba a una forzosa regencia, y comparaba esa desafortunada posibilidad con la decadencia del califato abasí en Bagdad. El gobierno en manos de generales mercenarios, el califato divido por luchas intestinas y un califa honorífico carente de autoridad.

Absorto como estaba en sus pensamientos, no se dio cuenta de que tenía delante a uno de sus subordinados hasta el momento en que este carraspeó para llamar su atención. Cuando sus miradas se encontraron, le entregó una nota sellada y abandonó la estancia.

"El Califa ha muerto. Yawdar".

Faiq al-Nizami arrojó la carta en un brasero y esperó a que ardiera completamente. Salió de la Casa de Correos y entró en el Alcázar por la misma puerta que había cruzado poco antes. Atravesó los jardines y, por la poterna de servicio, se introdujo en la Casa de Mármol. Yawdar se había encargado de ocultar la noticia y por los pasillos los esclavos continuaban con sus labores habituales. El *Sahib al-Burud* se acercó a las habitaciones ocupadas por el Califa y se encontró con dos guardias armados. Le franquearon el acceso y encontró a Yawdar nervioso, paseando de un lado

a otro, sin acercarse al cadáver del Califa cubierto con una sábana.

—¿Cómo ha ocurrido? Esta mañana parecía que se había estabilizado.

—Exhaló un ronquido y expiró —dijo Yawdar, que se había detenido delante de su compañero.

—Ordena el cierre del palacio a cal y canto. Prohíbe la entrada y salida a los sirvientes y esclavos, pero con discreción. Evitemos la alarma y pensemos con serenidad.

Faiq al-Nizami procuraba mantener la calma aunque en su interior hervía un volcán a punto de entrar en erupción. Había confiado en el tiempo como cómplice complaciente y en estos precisos momentos parecía haberle traicionado.

—El palacio es inaccesible a cualquier intruso. Se han cerrado los accesos al Alcázar, a excepción de la Puerta al-Sudda, y he doblado la guardia. He mandado incomunicar el harén, vigilar a la Princesa Madre y prohibido que ninguno de los esclavos y sirvientes que haya quedado fuera de las dependencias circule por los patios y jardines. Todos han pasado a los pabellones del servicio y esperarán allí hasta que se les comunique su destino. El gran edificio de la administración lo he aislado del resto del Alcázar. Sin embargo, no he considerado oportuno cerrarlo. Hay algunos visires dentro y está a punto de comenzar la audiencia de al-Mushafi. He procurado evitar cualquier maniobra sospechosa aunque he enviado gente a la Puerta al-Sudda. Los oficiales de la guardia están en estado de alerta y la tropa acuartelada y dispuesta a intervenir si lo consideramos oportuno.

—Es indispensable mantener oculta la muerte del Califa durante el tiempo necesario para afianzar la proclamación de al-Mugira como el próximo califa.

Faiq al-Nizami se acercó al cadáver y levantó la sábana que le cubría. Al-Hakam II, rígido y hundido en

los blandos almohadones, parecía mirar un lugar en el artesonado del techo con los ojos abiertos. El rostro del color de la cera virgen, dos grandes semicírculos oscuros bajo los párpados, la nariz prominente y la expresión sosegada indicaban que había muerto en paz, como si dijese: "Todo lo que hubo que hacer se hizo". Faiq al-Nizami creyó ver en el semblante del muerto una dura crítica a sus proyectos y volvió a cubrir el cuerpo del Califa con la sábana.

—Solamente nosotros estamos al corriente del fallecimiento de al-Hakam II. Cuando ocurrió el desenlace no había nadie en la habitación excepto yo. Ni los esclavos se han enterado —contestó Yawdar, el gran halconero, *Sahib al-Bayazira*, celoso del papel que le había tocado en suerte y, al mismo tiempo, cansado de tan lúgubre soledad. Miró directamente a los ojos del *Sahib al-Burud* con muda interrogación sobre los pasos que darían a continuación, ansioso por conocer la situación en el exterior, saber quiénes se habían adherido incondicionales a su causa, y la actitud que tomaría al-Mugira al comunicarle la defunción de su hermano el Califa.

—Seguimos como esta mañana. Los correos enviados a las provincias no han regresado y carecemos, por tanto, de la confirmación del apoyo de los gobernadores. Sin embargo, continuaremos con el plan previsto. Una vez en el diván califal al-Mugira, jurado por la corte y el pueblo de Córdoba, hasta los más reacios tendrán la obligación de acatar al nuevo Príncipe de los Creyentes o serán acusados de rebeldía y sedición, encarcelados y, si perseveran, decapitados. Dentro del Alcázar contamos con los grades oficiales eslavos, el gran repostero, el jefe de construcciones, el caballerizo mayor, el gran orfebre, el tesorero real, los oficiales de las armerías y toda la clientela que arrastran tras de sí esos cargos. Los eunucos y esclavos del harén, los

oficiales contables y los registradores de la administración, los mismos empleados del Hachib y la guardia real cuyo jefe eres tú. En Córdoba contamos con los esclavos jefes de las casas de la aristocracia árabe, algunos ulemas ortodoxos, los grandes terratenientes, los propietarios de los inmuebles de la ciudad y los jefes de los gremios comerciales, varios generales de los acuartelamientos de la fuerzas regulares, eslavos aunque no emasculados. Nada puede detenernos: mañana, en el gran salón donde fue proclamado Abd al-Rahman III, juraremos Príncipe de los Creyentes a al-Mugira con la misma ceremonia que lo hizo su padre y en el mismo lugar. El califato de Occidente no saldrá de la línea sucesoria omeya y hasta los más escrupulosos aceptarán y prometerán fidelidad al tercer califa cordobés, a otro de los hijos de Abd al-Rahman III.

Faiq al-Nizami, a medida que hablaba, se autoconvencía del éxito y las incipientes sospechas que le produjeron el silencio de los gobernadores se desvanecieron, como el humo de las lámparas.

—¿Cuál fue la contestación que te dio al-Mugira en el último encuentro?

—¡Por Dios, Yawdar! En las primeras entrevistas en la Casa de Correos estuvimos los tres: tú, al-Mugira y yo. Oíste su respuesta a nuestra proposición y con tus propios ojos viste su rostro iluminado por la alegría.

—En aquellos momentos aceptó sin oponer resistencia y estuvo de acuerdo con cuanto le planteamos, hasta se mostró convencido a nombrar como su heredero al príncipe Hisham, el hijo de al-Hakam II, su sobrino, pero ahora, ante el Califa de cuerpo presente, me asaltan las dudas. Al-Mugira es un príncipe disoluto, educado en los placeres y la indolencia, cobarde y carente de ambiciones. Nos negará si alguien le aprieta las clavijas. En el acto de la jura puede levantarse un visir o un aristócrata y

plantear escrúpulos por el juramento que hizo en presencia de al-Hakam II hace apenas siete meses.

Faiq al-Nizami giró sobre sus talones y se enfrentó con el cadáver del Califa, como si este a su espalda hubiera infundido en Yawdar recelos y le hubiera coaccionado para desistir del proyecto tan ambicioso en el que se habían embarcado.

—Tanto entonces como ayer, la última vez que hablé con él, al-Mugira mantiene la misma postura. Es consciente del riesgo que correría si se torcieran los acontecimientos y fracasáramos. Sabe y acepta las consecuencias y entiende que el precio es la muerte. Cuando se llega a ciertos extremos desandar el camino y retroceder es imposible.

La velada amenaza no pasó desapercibida para el Gran Halconero.

—Te equivocas si crees que vacilo o me arrepiento. Mi decisión es tan firme como las estrellas del cielo o el sol que nos alumbra y nos calienta, pero prefiero estar seguro de quienes nos acompañan en esta peligrosa aventura. No quiero deber el fracaso a otros, ni perder la cabeza por perfidias.

La voz de Yawdar sonó como un redoble de tambor llamando a combatir a los soldados y dio por zanjada la discusión.

El inesperado desenlace precipitaba las actuaciones y el trabajo para la proclamación al día siguiente del nuevo califa imponía celeridad y coordinación.

Habían transcurrido dos horas desde el fallecimiento y el cadáver, a causa de la fuerte medicación y el calor que hacía dentro de la habitación, empezaba a descomponerse. El característico olor de la muerte amenazaba con traspasar las puertas y extenderse por el palacio. Llamaron al Jefe de la Guardia Real y le mostraron el cuerpo sin vida del Califa.

—En el pabellón de la administración ya habrá comenzado la recepción diaria de peticionarios. Sembraríamos el desconcierto si la noticia sale fuera de estos muros sin haber preparado convenientemente las actuaciones que exige el protocolo. Mientras terminan las audiencias, lavemos el cadáver y vistámosle con la túnica que eligió el propio al-Hakam II para su mortaja.

Minutos después entraron los esclavos que atendieron al Califa durante la enfermedad, le lavaron, le perfumaron, le vistieron y le colocaron encima de una gran mesa de mármol.

—¿Piensas llamar a al-Mushafi? —los ojos de Yawdar centelleaban.

—Tal como se nos han presentado las cosas no tenemos otra solución. Veremos cómo responde.

—¡Estás loco, Faiq! Lo sensato es matarle. Al-Mushafi y el Califa han conservado la amistad desde la infancia. El Hachib no traicionará el juramento a Hisham. Piensa detenidamente, analiza los pros y contras. Al-Mushafi, con Hisham menor de edad, seguirá de regente como el verdadero califa. Con al-Mugira no podrá serlo. ¿Qué ganará uniéndose a nosotros?

Yawdar, zorro, astuto, y violento no comprendía el cambio de planes de Faiq al-Nizami. Su concepto de supervivencia se resumía en una sola frase: "Al enemigo, buena muerte".

—¡Tranquilízate! Busquemos otro modo de sujetar al Hachib —dijo Faiq al-Nizami. Deseaba empezar una nueva etapa con la conciencia limpia de asesinatos en previsión de males mayores. Tiempo habría después de deshacerse de quien les estorbase.

—Cuando se entere de la muerte del Califa convocará a los visires, a los cadíes, a la aristocracia, a los ulemas, a los hombres importantes de Córdoba y, apoyado en las

fuerzas de la prefectura de su hijo Muhammad, en las de su sobrino Hisham ibn Utman y en los beréberes, elevará al niño Hisham a Príncipe de los Creyentes.

—Mientras el Alcázar esté bajo nuestro control, seremos nosotros quienes decidamos la sucesión y al-Mushafi se pondrá de nuestro lado.

Faiq al-Nizami repasaba mentalmente sus fuerzas: la guardia real, sirvientes y eunucos —varios miles que podría armar hasta los dientes con los efectos del arsenal del Alcázar—, los espías e informadores de la Casa de Correos, algunos cuerpos del ejército mandados por eslavos. Suficiente para amedrentar a los cordobeses.

—¿Cómo piensas conseguirlo? —Yawdar desconfiaba de cualquier acuerdo con el Hachib, de quien había recelado siempre.

—Le propondremos un califa honorífico que reconozca a Hisham como sucesor al cumplir la mayoría de edad y a él, Hachib, con poderes absolutos. Un verdadero califa. Le ofreceremos también el título de doble visirato y nosotros continuaremos de oficiales de la Casa del Imán de los Creyentes. El Califa espiritual. Lo aceptará y habremos resuelto el problema, en caso contrario, delante del cadáver de al-Hakam II, le degollaremos —el razonamiento de Faiq resquebrajó la tensión de Yawdar.

—De acuerdo. Hagamos como dices. Colocaré a los sudaneses a su espalda y a la menor duda le estrangularán. Ocultaremos su cadáver, cerraremos la ciudad y entronizaremos a al-Mugira. Después daremos sepultura a al-Hakam II y al estúpido de al-Mushafi lo arrojaremos al río, los cangrejos nos lo agradecerán.

El zoco

Mientras en el Alcázar el Califa abandonaba este mundo aislado de su pueblo y los dos grandes oficiales eunucos se esforzaban en su proyecto, Córdoba se desperezaba después de una semana ininterrumpida de lluvias. Ibn Nasr llegó pronto a su despacho del zoco y mandó datar el día: 3 de *safar* de 366 para el cómputo musulmán, 1 de octubre de 976 para los cristianos.

Ibn Nasr, *Sabih al-Surta*, juez de causas civiles, y *Sabih al-Suq*, juez del mercado, zabazoque, como designaba la voz popular, se reunió con los inspectores y les asignó su cometido. A unos entregó las pesas y medidas maestras, a otros las varas métricas y al resto los envió de ronda, a escuchar quejas de compradores defraudados, vigilar los pequeños hurtos, separar a los pendencieros de genio vivo, que nunca faltaban, y organizar la circulación.

Los años habían labrado bien el cuerpo del viejo juez. Las articulaciones deformadas, rígidas, le limitaban los movimientos, los cambios de tiempo le afectaban y las horas sentado con las piernas encogidas se convertían en un martirio difícil de sufrir a pesar de los emplastos,

ungüentos e infusiones que le recetaban los médicos. Decidió pasear por el mercado antes de acudir a la sala de justicia del Alcázar, donde le llegaban los casos que le remitía el Cadí, para imponer las penas o juzgar en audiencia pública. Enfiló por la calle de los vendedores de telas y tejidos, la alcaicería, y se entretuvo curioseando entre los comercios donde se vendían las manufacturas de Córdoba. Continuó por las especializadas en importaciones, generalmente procedentes de Bagdad, Jurasán, Mosul, Alejandría, Damasco o Bizancio, artículos de lujo asequibles solo a las clases adineradas. Por estas tiendas transitaban los altos funcionarios, aristócratas árabes, visires, generales y los eunucos de la casa del Califa, vanidosos y amigos de la ostentación hasta la exageración. Se encontró con el cadí al-Salim camino de la mezquita. A ambos les unían dos cosas: la fidelidad al califa al-Hakam II y el amor por la ciudad de Córdoba.

—Otra semana de lluvias y tendremos una magnífica cosecha de setas. En parte alguna he comido guisos tan exquisitos como los preparados con los hongos de la sierra cordobesa.

—Si las setas crecieran sin el agua que nos envían los cielos, las disfrutaría con mayor placer y mejor gusto —respondió ibn Nasr acordándose de la infernal semana que había pasado a causa del temporal.

Uno y otro, temerosos, retrasaban la inevitable referencia a la salud del Califa. Actuaban como las avestruces, que esconden la cabeza en la tierra para no ver el peligro creyendo que él tampoco los verá y pasará de largo.

Al-Salim empezó a hablar para distendir la tensión:

—No te diré su nombre por discreción, pero le conoces muy bien por haber trabajado contigo como inspector. Este hombre, serio, de carácter apacible, padre de varios hijos, se ha enamorado como un loco de uno de

los esclavos de Hudayr, un mancebo de ojos negros y grandes pestañas como abanicos, esbelto y de graciosos modales. Anda tras el chico como un beodo, sin recatarse, le descubre su pasión y le atosiga con millones de promesas. El muchacho le huye como si fuese el diablo. Nuestro hombre consiguió averiguar que el esclavo acude a última hora de la tarde a la mezquita de su barrio y allí se presentó ayer tarde. Se colocó enfrente y de tanto mirarle embelesado, el chico perdió los nervios, se levantó y le pegó tal cantidad de mamporros que le amoró un ojo. Pero asómbrate, en vez de enfurecerse, el enamorado exclamó: "Esto es el colmo de mi deseo. Ahora soy feliz".

Era el cotilleo del día. Rieron ambos de las miserias del amor y del nulo decoro con que ciertos hombres se comportan cuando no pueden dominar el deseo y comentaron las desgracias que acarreaban tales circunstancias para algunas familias. Ibn Nasr no pudo aguantar más la incertidumbre sobre el estado de salud del Califa.

—¿Qué noticias tienes sobre nuestro Señor? ¿Le veremos restablecido?

—Por la expresión de tu rostro, las mismas que todos quienes no tenemos contacto con él. A veces dicen que mejora y al día siguiente lo contrario. Mi opinión es desesperanzadora. Rezo por un milagro. Pero, amigo mío, no creo que Dios me haga caso.

El semblante del cadí al-Salim se ensombreció y una nube gris de pena se asomó al borde de sus pupilas.

—Comenté con un médico estas manifestaciones del vaivén de la enfermedad y me tranquilizó al considerarlo de cierta normalidad. Me dijo: "Puede ser debido a la medicación. Se suministra una droga y el enfermo reacciona, aparece la mejoría, pero, cuando el cuerpo se ha acostumbrado a ella, pierde eficacia y surge el efecto contrario. Todo está

en manos de Dios", dijo ibn Nasr resignado, acordándose de las veces que a él le habían cambiado los fármacos.

—¿Cómo ves tú la actuación de esos dos eunucos? Yawdar es desabrido y soberbio, hasta su expresión es ácida. Faiq al-Nizami, con su cara de manzana, es frío como un témpano. ¿Atienden de forma adecuada al Califa? ¿Están correspondiendo a la benevolencia con que les ha tratado? —al-Salim desconfiaba de los dos jefes de la casa del Califa, les consideraba despegados en materia religiosa, tibios en la fe y demostraban desconsiderada devoción cuando acompañaban al Califa a la mezquita. A veces le asaltaba el fantasma del veneno e ibn Nasr entendió la pregunta con la velada referencia al endiablado tósigo.

—Ellos deberían ser los más interesados en el restablecimiento de al-Hakam II. Han conseguido bajo su protección el sueño de cualquier humano: poder, dinero y prestigio. Influyen en los negocios, son los dueños de las mejores inversiones inmobiliarias de la ciudad y el Califa les consiente como si hubieran sido sus hijos. Pienso que se dejarían sacar un ojo por conservar al Califa con vida —Ibn Nasr había tenido ocasión de realizar alguna investigación sobre malversación entre este cuerpo de grandes oficiales, eunucos en su mayoría, y eslavos; sabía de sus artes para protegerse bajo el amparo de al-Hakam II.

—¿Qué ocurrirá cuando el Califa abandone este mundo? ¡Dios no lo consienta! —al-Salim se ruborizó asombrado de su osadía.

—No practico las artes adivinatorias, pero ten por seguro que han tramado algo.

Con este rotundo comentario se separaron. Al-Salim en dirección a la mezquita, e Ibn Nasr reanudó su paseo por el mercado.

La conversación con el Cadí sobre los eunucos y sus componendas le trajeron a ibn Nasr los dolores de los días

de lluvia. Presagiando un invierno duro, de heladas y vientos del Norte, sus ojos se fueron a una tienda de pellizas. Las había de comadreja y petigrís, confeccionadas en Córdoba con pieles importadas de África y Siberia; de castor y de marta cibelina hechas en Bagdad; de conejo y cordero de las serranías y pastos de la Península. Un muestrario para cada cliente, menos para los desheredados de la fortuna que se tenían que conformar con los groseros fieltros, heredados de sus mayores o comprados en las tiendas de los ropavejeros del otro lado del zoco.

El dueño del comercio, al reconocerle, salió a su encuentro y desplegó su mejor amabilidad entre comentarios triviales, alusiones al tiempo, la carestía de la vida, —preocupación constante de los comerciantes— y chascarrillos de todo tipo sobre las murmuraciones de los cordobeses. En un momento hizo un repaso exhaustivo de las inquietudes del mercado, los impuestos y la enfermedad del Califa. Tal cúmulo de observaciones agobiaron al juez, que miraba con disimulo a un lado y a otro de la calle en busca de una disculpa para huir del solícito vendedor. Un jinete en uno de los extremos llamó su atención. Cabalgaba hacia la salida de la ciudad en un caballo cargado con grandes alforjas a la grupa.

—¿No es ese al-Adadi, el médico?

—Sí. Tendrá un paciente al otro lado del río —respondió el comerciante al comprobar que el jinete se dirigía hacia la puerta del puente sobre el Guadalquivir y sin concederle mayor importancia.

Ibn Nasr se despidió e intentó dar alcance al médico. Le pareció extraño que abandonara la ciudad. Al-Adadi, desde la recaída de al-Hakam, encerrado en el Alcázar a la cabecera del enfermo, había aconsejado a su clientela acudir a otros médicos. "O el Califa ha mejorado mucho y le permite atender a otros pacientes o nuestro Señor ha

entrado en la fase de los desahuciados", se dijo al tiempo que alargó las zancadas tanto como la artrosis le permitió a sus viejas piernas.

El médico dobló por la primera esquina y entró en la rambla del río. Por esa parte los transeúntes escaseaban y el juez avanzó con rapidez. Cuando llegó a la rambla, el médico había cruzado la puerta y se encontraba en la mitad del puente. Ibn Nasr, frustrado, echaba pestes de sí mismo, de la enfermedad que le impedía y de los años que le habían robado la agilidad de antaño. Con el humor de pergamino raspado, tomó la dirección de la calle de los carniceros, distraído y dándole vueltas a la inesperada huida del médico, pues esa había sido la idea que le asaltó. Paseó por delante de los puestos de carne de vaca, de cordero y de cabra. Le aturdieron las voces de compradores y vendedores que regateaban los precios a gritos como si la vida les fuera en ello y le atosigaron las moscas que habían vuelto con el sol y el calor. Dejó atrás las parrillas donde asaban las cabezas de cordero, donde cocinaban albóndigas, salchichas, guisos de corazón, hígado y otras vísceras de animales, la multitud de olores que se metían por los resquicios del olfato y el enjambre de clientes ávidos por llevar el almuerzo a sus casas o comer un bocado. Respiró aliviado al llegar a los puestos de requesones, quesos y otros productos lácteos y mucho más al encontrarse frente a las tartas de queso blanco —los cristianos las llamaban "almojábanas"—, los buñuelos de crema bañados en miel, los empiñonados, almendrados y hojaldres recién horneados. La tentación se le vino encima y se acercó a comprar un empiñonado bañado en miel. A punto de comérselo, alguien le tocó en el hombro y se volvió ruborizado como un muchacho que le quita los dulces a su madre antes de servirlos a la mesa.

—¡Tan goloso como de estudiante, juez!

—¡Jalaf, viejo truhán! Me dijeron que los perros se habían quedado sin dientes royendo tus huesos.

—Te mintieron. Aguanto como tú este infierno para ganar el Paraíso prometido por el Profeta.

Ibn Nasr compró otro pastel y se lo ofreció a Jalaf, tan seco y escurrido de carnes que la piel se desesperaba para cubrir la osamenta.

—Me lo comeré a chupetones antes de afear un gesto del *Sabih al-Surta* del califato de Occidente —Jalaf se metió el dulce en la boca desdentada.

—¿Dónde está aquel Jalaf enamorado de la vida, de las mujeres, del vino y los placeres, aquel jurisconsulto deslumbrante y defensor heroico de la justicia y la verdad? —ibn Nasr miraba asombrado cómo la vida se había cebado en el cuerpo de su amigo de la infancia.

—Le mataron los desengaños. Le asesinaron mientras defendía las causas de los inocentes, cuando entendió que la justicia se sienta en la mesa de los poderosos y cierra los ojos cuando se trata de los pobres. Aquel día en que la realidad le quitó la venda de los ojos y vio cómo el dinero corrompía a los jueces y comprendió que el oro es el dios que reina en los corazones de los hombres.

Jalaf terminó de engullir su empiñonado mientras ibn Nasr sopesaba las durísimas acusaciones.

—El Califa ha sido un hombre justo y piadoso. Ha cuidado de mantener limpia la magistratura y ha castigado la corrupción con la firmeza y el honor de un gran príncipe —dijo el juez.

—Al-Hakam II ha sido bondadoso, se ha esforzado en repartir limosnas, ha buscado comprar el Paraíso, pero no ha vigilado con férrea voluntad a quienes administran, a los privilegiados de su entorno. En Córdoba se palpa la perversión, se gobierna con nepotismo y con Dios y el Profeta en la boca se roba y se asesina.

—¡Dios Misericordioso! Hablas en pasado al referirte al Califa, Jalaf.

—Te traiciona el inconsciente. Tú has sido el primero en emplear ese tiempo verbal, pero no te has equivocado. Los dos sabemos que no volveremos a ver a al-Hakam II asomado a la terraza del Alcázar para presenciar un reparto de limosnas o para admirar las evoluciones de los jinetes beréberes. Su próxima salida será la postrera y le acompañaremos al jardín al-Rawda. Al menos tú y yo rezaremos una plegaria sentida y sincera.

Ibn Nasr, que mantenía la circunspección a duras penas, escuchó las palabras de Jalaf como si hubieran sido suyas. Había tragado la defunción del Califa como una amarga pócima y no se atrevía a reconocérselo a sí mismo, agarrado a una necesaria ilusión de detener el tiempo.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo ibn Nasr.

—No pases cuidado. El alborotar no ha sido el motivo de mi regreso, ni encender los ánimos de los descontentos. He venido al entierro de al-Hakam II y a ser testigo de los acontecimientos que se desencadenarán, de la sangrienta batalla entre ambiciones encontradas que duerme larvada y pronta a despertarse con las alas negras extendidas sobre Córdoba. El último espectáculo que disfrutaré antes que los perros se coman mis huesos. Ahora vete, juez. Sumérgete entre las gentes de tu amada ciudad, pulsa el alma de los hombres como te gustaba entretenerte en tus buenos años. Será el definitivo paseo como *Sabih al-Surta*.

—¿Me anuncias mi muerte?

—No. Lo comprenderás cuando nos despidamos definitivamente en el panteón califal. Ahora vete y no vuelvas la cabeza.

El juez se alejó atribulado, tropezó varias veces con los clientes de los pasteleros que revoloteaban de puesto en puesto como gorriones en un jardín de cerezos en

junio y, cuando recobró la desarticulada razón, pensó en la fibra del alma que le había arrebatado Jalaf para enmudecerle, robarle los razonamientos y cerrarle la boca.

El inocente paseo que inició desde su despacho del zoco sin finalidad concreta se reveló como si hubiera estado grabado con anterioridad en su inconsciente. Absorto, sus pasos le condujeron a la plaza de la Alhóndiga, donde se encontraban los almacenes de grano y legumbres, los alfolíes. Ibn Nasr se detuvo en un extremo de la plaza. Recuas de burros de comerciantes al por menor entraban en las grandes naves divididas en trojes y salían cargados con sacos de legumbres o cereales. Se extrañó al observar un grupo de soldados del prefecto de la ciudad esperando en pie, con las bridas de sus monturas en las manos, ante la puerta de las dependencias del síndico del gremio de almacenistas. Movido por la curiosidad, se acercó. Con escasa fortuna. Antes de acercarse a ellos, salió del edificio quien les capitaneaba, montaron en sus caballos y se marcharon al trote largo con claro desprecio por quienes circulaban por la plaza.

—¿Qué busca Muhammad con este despliegue de hombres por el mercado? —preguntó al Síndico al entrar en su oficina.

—Conoces bien cómo trabaja el cuerpo de policía. A la caza de pequeños bandidos o juerguistas nocturnos a quienes extorsionar. Desde que al-Mushafi nombró prefecto a su hijo Muhammad, las francachelas se convirtieron en una fuente de ingresos para él y los suyos. Los taberneros, los dueños de burdeles, las putas y los policías han desarrollado la industria más lucrativa de Córdoba —respondió el Síndico con un gesto de asco que no intentó ocultar.

—¿Y a quién persiguen hoy?

—A unos cuantos que no han dormido la borrachera y han pasado alborotando. Cuatro gritos absurdos recla-

mando una bajada de impuestos y refiriéndose al precio del aceite, que es la preocupación de estos días. La han tomado con eso como podían pedir los cuernos de la luna.

El Síndico hablaba con la serenidad de un hombre mesurado y acostumbrado a presenciar escenas parecidas a menudo.

Los cordobeses que iban de juerga a las tabernas situadas entre el barrio mozárabe y la explanada de Fahs al-Suradiq —donde se concentraban las tropas antes de salir en campaña—, con la disculpa de que la muralla se cerraba al caer la noche, no se preocupaban de la hora si el sarao adquiría las proporciones adecuadas, el vino corría sin tino, la música no paraba y las *jarichiyas* hermosas y solícitas lo merecían. Con la claridad del día, anunciadora de la apertura del muro y el inevitable regreso a casa, cruzaban por la Puerta Nueva. Desembocaban en la plaza de la Alhóndiga y, como no podía ser de otro modo, algunos exteriorizaban la alegría que llevaban en el cuerpo mientras el Síndico y los comerciantes trabajaban, testigos forzosos de los postreros chispazos de la fiesta.

Ibn Nasr abandonó la Alhóndiga con el ánimo descoyuntado, cavilando si se debía o no llegar a la vejez. Pasó por la calle de los drogueros, congestionada y tranquila, y continuó hacia el barrio de los libreros. Uno de los negocios en auge. Desde que al-Hakam II fue proclamado Príncipe de los Creyentes, Imán y Califa de Córdoba, la corte se impregnó de su amor por los libros y la sabiduría, y los altos funcionarios se lanzaron a una loca carrera por conseguir bibliotecas para sus palacios, unos por la cultura y el afán de conocimientos, otros por presumir de librerías y ejemplares curiosos. Así proliferaron los talleres de encuadernación, los copistas y las tiendas donde se podían adquirir libros en latín y griego de Bizancio, en árabe de Bagdad, Damasco, Alejandría y Samarcanda o de astronomía de Bujara.

Sin prestar atención a los ofrecimientos que recibía de los libreros conocidos, se encaminó al Alcázar. Entró por la Puerta al-Sudda y se dirigió a la sala que ocupaba el Hachib. Un esclavo le detuvo y rogó que esperara mientras anunciaba su visita. Cuando el esclavo le franqueó el paso, encontró a al-Mushafi nervioso, rodeado de legajos que trasladaba de un cesto a otro después de un exhaustivo examen. Dejó todo para recibirle y le invitó a sentarse en un gran diván.

—El Califa, al parecer, mejora. Esta mañana Faiq al-Nizami me ha dicho que pronto podrá aceptar visitas —el Hachib se adelantó a la pregunta que adivinaba en la boca del juez.

Ibn Nasr recobró el optimismo que había perdido en la visita al mercado, sobre todo en los encuentros con Jalaf y el Síndico, y se dispuso a prevenir a al-Mushafi del inconveniente de desplegar tropas por el zoco cuando estaba ocupado por la población en masa y la vida comercial de la ciudad estaba en su apogeo.

—Toda mi atención está encaminada a mantener el orden y el control en estos momentos de incertidumbre. El Califa, aquejado de una grave enfermedad, aislado en la Casa de Mármol con Yawdar y Faiq al-Nizami y varias corrientes soterradas de opiniones encontradas. Unos estamos a favor, algunos indecisos y otros descontentos con el juramento de fidelidad a un niño de once años —dijo al-Mushafi a modo de exposición y continuó—. Esta mañana unos alborotadores han intentado levantar al pueblo con la disculpa de la carestía del precio del aceite. Los disolvieron y vinieron a este palacio, arrojaron verduras y frutas podridas y profirieron insultos contra mi persona. Muhammad ha detenido a la mayoría y ha salido en busca de los que lograron escapar mezclados con la multitud del zoco. Me he acor-

dado de la revuelta del Arrabal en tiempos del emir al-Hakam I.

—Las circunstancias son diferentes. Aquel levantamiento se fraguó durante años. El Emir, con su política, había dividido a la sociedad. Apartó a las grandes familias árabes del gobierno, arruinó el país con su administración de despilfarro, aumentó los impuestos para paliar la situación en vez de reducir los gastos, nombró visir y recaudador a un cristiano, Comes Rabi y, para colmo de despropósitos, abandonó las decisiones al criterio de su secretario, Futays ibn Sulayman, soberbio, déspota además de burro. Cuando los ánimos estuvieron encendidos, una simple chispa desencadenó la sublevación. Córdoba es hoy una ciudad tranquila. Preocupada, en efecto, por la enfermedad de su califa. Le amamos como jamás un pueblo amó a su príncipe. Los cordobeses están muy lejos de pensar en levantarse contra nadie.

—Aquella rebelión empezó en el mercado, como hoy, en el mismo lugar.

—En tu mano tienes la solución. Dicta una bajada de impuestos y verás la alegría correr a raudales por las calles y al pueblo agradecido aclamándote como a su benefactor —dijo ibn Nasr, sencillo y sosegado, con manifiesto desprecio por el conflicto.

—Eso sería lo acertado si las arcas del tesoro estuvieran llenas como en otras ocasiones. La guerra con los idrisíes del Norte de África supuso una sangría del erario de grandes dimensiones. Las sumas enviadas sobrepasaron los presupuestos, los alfolíes se vaciaron y las cosechas de los últimos años no han ayudado como fue nuestra esperanza. A esto hay que añadir los perjuicios que nos causaron los leoneses y navarros cuando cercaron Gormaz. Quemaron los sembrados, robaron cuantas cabezas de ganado pudieron, destrozaron los

muros de la Alcazaba, hasta que Galib los derrotó. Pero el mal estaba hecho y la frontera medio arruinada. Temo presentar las cuentas al Califa cuando recobre la salud.

—El Califa comprenderá —dijo el juez al tiempo que paseaba la mirada por los cestos abarrotados de documentos.

"Más teme al-Mushafi que le descubran los malabarismos contables que ha realizado durante años que la maldita revuelta, empeñado en presentarla como una verdadera revolución". Con este pensamiento se predispuso a levantarse y salir, cuando un capitán de la prefectura entró precedido del esclavo que guardaba la puerta del Hachib.

—¿Qué has averiguado? —preguntó al-Mushafi al policía.

—Una falsa alarma, señor. Un grupo de borrachos licenciosos. Pasaron la noche en las tabernas del arrabal, bebieron hasta perder la razón, continuaron la fiesta con las mujeres de la orquesta y las bailarinas hasta el amanecer. Con los primeros rayos de sol les echaron y se vieron sin dinero y beodos como odres. Acusaron al tabernero de ladrón, a las mujeres de putas y no encontraron mejor modo de desahogarse que venir hasta aquí a culpar al Hachib de sus desgracias. Han recobrado el entendimiento y están arrepentidos, lamentan aterrorizados su comportamiento.

—Amonéstalos con dureza, recrimínales sus faltas contra las palabras del Profeta y aconséjales que en adelante se moderen en la bebida.

Aunque el rostro de al-Mushafi mantenía el gesto pétreo, los pesares de su corazón se desvanecieron momentáneamente. El recelo con que observaba los movimientos de los dos eunucos y el secretismo con que actuaban dentro del Palacio de Mármol le tenían inmerso en un inquietante estado de sospecha permanente. Su

instinto de conservación alarmado le enviaba avisos regulares y había llegado al convencimiento de que algo tramaban a sus espaldas. No acertaba a descubrir sus intenciones, sin embargo, preveía un ataque en el mismo instante de la muerte de al-Hakam II.

—Resuelto el problema —dijo el juez y se despidió del Hachib.

Al salir reparó en las pocas personas que esperaban audiencia en la antesala y en el elevado número de guardias de la escolta personal del Califa deambulando por los pasillos. Lo justificó con la detención de los juerguistas y abandonó el palacio sin pasar por la sala de justicia, llevado por un impulso instintivo: "Dios sabe de la hipocresía de los hombres, de la ambición y la codicia que nace en las almas de quienes administran los bienes públicos". Satisfecho de esta reflexión, entre las gentes del mercado, avanzó admirando la laboriosidad de los comerciantes y el pacífico comportamiento de los compradores.